

hacia la roca, que ella denominaba ya su roca Tarpeya.

—Amigo mío—le dijo, subiendo lentamente por aquella masa de granito,—no he tenido valor para ocultarle á usted todo el interés que me inspira. Hace diez años que no he sentido una dicha comparable á la que acabo de experimentar cogiendo conchas en estas rocas y buscando estas chinias con las que me mandaré hacer un collar que será para mí más precioso que si estuviese formado de los mejores diamantes. Acabo de volverme una niña como cuando tenía catorce ó quince años y cuando era digna de usted. El amor que he tenido la dicha de inspirarle me ha elevado á mis propios ojos. Usted ha hecho de mí la mujer más orgullosa y más feliz de mi sexo, y es muy fácil que viva usted más en mi recuerdo que yo en el suyo.

En este momento llegaron á la cima de la roca desde donde se veía la inmensidad del Océano á un lado y Bretaña con sus islas de oro, sus torres feudales y sus espesuras de aliagas á otro. Jamás mujer alguna tuvo teatro más hermoso para hacer tan gran declaración.

—Pero—continuó,—yo no me pertenezco, y soy menos libre por mi voluntad que lo era por la ley. Sufrá usted, pues, también mi desgracia y consuélase usted sabiendo que sufrimos juntos. Dante no volvió á ver nunca más á Beatriz, y Petrarca no poseyó nunca á su Laura. Estos grandes desastres sólo son propios de las grandes almas. ¡Ah! si yo me veo abandonada, si desciendo aún mil grados en el camino de la vergüenza y de la infamia, si tu Beatriz es cruelmente desconocida por el mundo, que le parecerá horrible, si pasa á ser la última de las mujeres, entonces, niño adorado—dijo tomándole una mano,—tú solo sabrás que es la primera de todas y que podía levantarse hasta los cielos apoyada en ti. Pero en ese caso, amigo mío, procura no errar el golpe; después de tu amor, la muerte—dijo dirigiéndole una mirada sublime.

Calixto mantenía á Beatriz por el talle y la estrechaba contra su corazón. Para confirmar estas dulces palabras, la señora de Rochefide depositó en la frente de Calixto el más casto y tímido de los besos, y después bajaron, charlando, como amantes que se han entendido y comprendido perfectamente, creyéndose en paz y engañándose uno á otro. Calixto, juzgando por las observaciones de Camilo, creía que Conti tendría una satisfacción en aprovechar aquella ocasión

para dejar á Beatriz. La marquesa, por su parte, se abandonaba á lo vago de su posición, esperando una casualidad que la sacase de este estado; pero Calixto era demasiado ingenuo y demasiado amante para inventar una casualidad. Ambos llegaron en delicioso estado de ánimo á Touches, y entraron por la puerta del jardín. Calixto llevaba la llave. Eran próximamente las seis. Los embriagadores perfumes, la grata atmósfera, el resplandor amarillento de los rayos del sol, en una palabra, todo estaba en armonía con la disposición de su ánimo y con sus cariñosos discursos. Sus pasos eran iguales y armoniosos como los pasos de los amantes, y sus movimientos acusaban la unión de sus pensamientos. Reinaba en Touches un silencio tan grande, que el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse resonó en todo el edificio y debió oirse en todo el jardín. Como Calixto y Beatriz se lo habían dicho todo, y su paseo lleno de emociones les había cansado, iban muy despacio, sin decirse nada. De pronto, al dar la vuelta á uno de los paseos del jardín, Beatriz experimentó la más horrible sorpresa, uno de esos espantos comunicativos que causan la vista de un reptil, y que heló á Calixto antes de conocer la causa. Sentados en un banco, bajo una espesura de sauces llorones, hablaban Conti y Camilo Maupín. El temblor interior y convulsivo de la marquesa fué más franco de lo que ella deseaba, y Calixto pudo comprender por él lo muy querido que era de aquella mujer que acababa de levantar una barrera entre ambos, sin duda para procurarse algunos días más de coqueterías antes de franquearlo. En un momento, un drama trágico se desarrolló en toda su extensión en el fondo de todos los corazones.

—No me esperaba usted tan pronto, ¿verdad?—dijo Conti á Beatriz, ofreciéndole el brazo.

La marquesa no pudo menos de dejar el brazo de Calixto para tomar el de Conti. Esta innoble transición, imperiosamente ordenada y que deshonraba el nuevo amor de la marquesa, abrumó de pena á Calixto, el cual se dejó caer en el banco al lado de Camilo, después de haber cambiado un frío saludo con su rival. El joven era presa de una multitud de sensaciones contrarias: al saber cuánto le amaba Beatriz, sintió deseos de arrojarle sobre el artista para decirle que Beatriz era suya; pero la convulsión interior de aquella pobre mujer, acusando lo mucho que sufría,



pues pagaba en aquel momento todas sus culpas pasadas, le había impresionado de tal modo, que se había quedado atontado. Estas dos sensaciones contrarias produjeron en Calixto la desesperación más atroz que había sentido desde que amaba á Beatriz. La señora de Rochefide y Conti se paseaban por delante del banco donde estaba Calixto al lado de Camilo, y la marquesa miraba á su rival, dirigiéndole una de esas terribles miradas con las que las mujeres saben leerlo todo, y evitaba las miradas de Calixto, fingiendo escuchar á Conti, que parecía bromear.

—¿Qué podrán decirse?—le preguntó Calixto á Camilo.

—Hijo mío, tú no conoces aún los atroces derechos que un amor extinguido da á un hombre sobre una mujer. Beatriz no ha podido negarle el brazo, y él se burla ahora, sin duda, de sus amores, que debió adivinar por vuestra actitud y por la manera como os presentasteis en su presencia.

—¿Se burla de ella!...—exclamó el impetuoso joven.

—Cálmate—dijo Camilo,—ó perderás las ventajas que tienes sobre él. Si Conti hiere demasiado el amor propio de Beatriz, ésta acabará por pisotearle como á un gusano; pero el artista es astuto y obrará con talento. No supondrá que la altiva señora de Rochefide haya podido serle infiel, y le dirá que cree que denota demasiada depravación con el hecho de amar á un hombre por su belleza. Hará de ti una descripción, diciendo que eres un niño halagado por la vanidad de poseer una marquesa y de hacerte árbitro del destino de dos mujeres. En una palabra, que hará las hipótesis más mordaces, y Beatriz se verá obligada entonces á oponer mentidas denegaciones, de las cuales se aprovechará Conti para seguir siendo su dueño.

—¡Ah! él no la ama—dijo Calixto.—Yo, en su lugar, la dejaría en completa libertad, porque entiendo que el amor debe gozar siempre de su completo albedrío. El día siguiente debe aprobar el proceder de la víspera, aumentando así el tesoro de los placeres. Si tarda algunos días más, ya no nos hubiese encontrado. ¿Quién le ha hecho venir?

—La broma de un periodista—dijo Camilo.—La ópera que contaba él que había de obtener un éxito, resultó un fracaso, y esta frase: «¡Es duro perder á la vez la reputación y la querida!» dicha por Claudio Viñón, hirió su vanidad. El amor basado en sentimientos pequeños, es implacable. Yo le he interrogado; pero ¿quién es capaz de conocer á un

hombre tan hipócrita? Me dijo que estaba cansado de su miseria, de su amor y de la vida, y que sentía estar unido tan públicamente á la marquesa. Después, hablándome de su antigua dicha, me ha hecho un poema de melancolía, demasiado sentimental para ser verdadero. Sin duda esperaba arrancarme el secreto de vuestro amor en medio de la alegría que me habían de causar sus alabanzas.

—¿Y qué más?—dijo Calixto mirando á Beatriz y á Conti, que se aproximaban, y sin dar oídos ya á Felicidad.

Ésta, por prudencia, se había mantenido á la defensiva y no había descubierto ni el secreto de Calixto ni el de Beatriz. El artista era hombre capaz de engañar á todo el mundo, y la señorita de Touches rogó á Calixto que desconfiase de él.

—Hijo mío, este es para ti el momento más crítico. Hay que tener una prudencia y una habilidad de que tú careces, y temo que vas á dejarte engañar por el hombre más astuto del mundo, hoy que yo nada puedo ya hacer por ti.

La campana anunció la comida. Conti fué á ofrecer el brazo á Camilo, y Beatriz tomó el de Calixto. Camilo dejó pasar delante á la marquesa, la cual pudo mirar á Calixto y recomendarle la más absoluta discreción, colocándose un dedo sobre los labios. Conti estuvo sumamente alegre durante la comida, y su alegría fué, sin duda, un medio de sondear á la señora de Rochefide, que desempeñó mal su papel. Coqueta, hubiese podido engañar á Conti; pero amante, fué adivinada. El astuto músico, lejos de molestarla, fingió no apercibirse de sus apuros. A los postres, sacó la conversación sobre las mujeres, y alabó la nobleza de sus sentimientos.

—Hay mujer—decía—que, dispuesta á abandonarnos cuando estamos en la prosperidad, nos lo sacrifica todo en la desgracia. Las mujeres tienen sobre nosotros la ventaja de la constancia, y se necesita ofenderlas mucho para que dejen á su primer amante. Un segundo amor es vergonzoso, etc.

En fin, el artista estuvo amabilísimo. Sólo Camilo y Beatriz comprendían la aspereza de los acerados epigramas que encerraba cada uno de sus elogios. Hubo momentos en que las dos mujeres se pusieron rojas como la grana; pero no tenían más remedio que contenerse. Al subir á la habitación de Camilo, pasaron de común acuerdo por el gran sa-



lón, donde no había luz y podían estar solas un momento.  
—No puedo consentir que Conti me pisotee de ese modo—dijo Beatriz en voz baja.—El forzado está siempre bajo el imperio de su condena. Estoy perdida; tendré que volver de nuevo al presidio del amor, y usted es quien me empuja hacia él. ¡Ah! le ha hecho usted venir un día más tarde ó un día más temprano de lo que debiera. En eso reconozco su infernal talento de autor; la venganza es completa y el desenlace perfecto.

—Yo habré podido decirle á usted que escribiría á Conti; pero soy incapaz de hacerlo—exclamó Camilo.—Veo que sufres y te perdono.

—¿Qué será de Calixto?—dijo la marquesa con admirable sencillez.

—¿De modo que Conti la obliga á usted á seguirle?—preguntó Camilo.

—¡Ah! ¿cree usted triunfar?—exclamó Beatriz.

Estas palabras fueron dichas con rabia y con el rostro verdaderamente descompuesto, al mismo tiempo que Felicidad procuraba ocultar su alegría con una falsa expresión de tristeza; pero el brillo de sus ojos desmentía su afectada pena, y Beatriz era mujer entendida en fingimientos. Así es que, cuando se vieron á la luz, sentadas en aquel diván donde tantas comedias se habían representado tres semanas antes, y donde había comenzado la tragedia última de tantas pasiones contrariadas, aquellas dos mujeres se miraron por última vez y comprendieron que estaban separadas para siempre por un profundo odio.

—Te dejo á Calixto—dijo Beatriz viendo la alegría pintada en los ojos de su amiga;—pero sabe que yo ocupo su corazón y que ninguna mujer será capaz de hacer que me olvide.

Camilo respondió con inimitable acento de ironía con aquellas célebres palabras de la sobrina de Mazarino á Luis XIV:

—«¿Reinas, le amas y te marchas?»

Durante esta escena, que fué muy viva, ni una ni otra se apercibieron de la ausencia de Calixto y de Conti. El artista se había quedado de sobremesa con su rival, rogándole que le hiciera compañía y que le ayudase á acabar una botella de vino de Champaña.

—Tenemos que hablar—dijo el artista para prevenir toda negativa de Calixto.

Dada su respectiva situación, el joven bretón se vió obligado á obedecer á esta invitación.

—Querido mío—dijo el músico con cariñosa voz, una vez que el pobre niño hubo bebido dos vasos de vino,—somos dos buenos muchachos y podemos hablar con franqueza. No he venido por desconfianza, pues Beatriz me ama—dijo haciendo un gesto lleno de fatuidad,—y yo ya no la amo. De modo que no he venido para llevármela, sino para romper con ella y llevarme los honores de esta ruptura. Usted es joven y no sabe cuán útil es parecer víctima cuando se es el verdugo. Los jóvenes llenos de ardor se precian de abandonar á una mujer, haciéndose de este modo odiar; pero los hombres sensatos se hacen despedir y afectan cierta humildad que permite á las mujeres creer en su superioridad. El descrédito de la divinidad no es irreparable, mientras que una abjuración no tiene remedio. Afortunadamente, usted no sabe aún cuántas molestias nos acarrearán las insensatas promesas que las mujeres cometen la torpeza de aceptar cuando la galantería nos obliga á hacerlas. Entonces, los amantes se juran ser uno de otro eternamente. Cuando se tiene una aventura con una mujer, no puede uno menos de decirle que desearía pasar la vida con ella, y hasta se llega á fingir que se espera impacientemente la muerte del marido, cuando lo que se desea en realidad es que goce de perfecta salud. Cuando el marido muere, hay provincianas que son bastante tontas y bastante burlonas para presentarse diciéndonos: «¡Heme aquí, ya soy libre!» Como ninguno de nosotros somos libres, estas especies de balas perdidas vienen á destruir nuestro más hermoso triunfo ó nuestra mejor preparada dicha. Yo he visto que usted amaría á Beatriz, y la dejé, en un principio, en una situación en que, sin perder nada de su sagrada majestad, debía coquetear con usted, aunque sólo fuese para molestar á ese ángel que se llama Camilo Maupin. Ahora bien, querido mío, ámela usted, haga usted que se muestre atroz conmigo, y créame que me hará un gran favor. Temo que su orgullo y sus virtudes destruyan nuestros planes. En estas situaciones, siempre se está á quien comienza el último. Todavía, hace un momento, cuando paseábamos por el jardín, le dije que lo sabía todo; la felicité por su dicha, y se ha enfadado. En este momento estoy locamente enamorado de nuestra cantante más joven y hermosa, de la señorita Falcón, y quiero casarme con ella.



Cuando venga usted á París, ya verá que he cambiado la marquesa por una reina.

Al oír estas palabras, la más completa dicha iluminaba el rostro de Calixto, el cual confesó su amor, sabiendo así Conti todo lo que deseaba saber. No existe hombre en el mundo, por hartó y depravado que esté, que no sienta renacer su amor al verle amenazado por un rival. Se quiere abandonar á una mujer, pero no se desea nunca ser abandonado por ella. Cuando los amantes llegan á este extremo, es tan grande la herida que recibe el amor propio, que hombres y mujeres se esfuerzan por conservar la prioridad. Interrogado por el artista, Calixto contó todo lo que había pasado en Touches durante aquellas tres semanas, y quedó encantado de Conti, el cual disimulaba su rabia bajo una aparente bondad.

—Subamos—dijo Conti.—Las mujeres son desconfiadas, y no pudiendo concebir que estemos juntos sin tirarnos los platos á la cabeza, vendrían á escucharnos. Yo favoreceré cuanto pueda sus planes, querido mío. Voy á mostrarme insoportable, grosero y celoso con la marquesa, y la molestaré continuamente con mis sospechas de que me es infiel, lo cual es un remedio inmejorable para romper con ella, y de ese modo usted será feliz y yo me verá libre. Desempeñe usted esta noche el papel de enamorado contrariado, y yo desempeñaré el de hombre desconfiado y celoso. Compadezca usted á ese ángel por pertenecer á un hombre sin delicadeza, y llóre. Usted es joven y puede llorar. ¡Ay de mí yo no puedo hacerlo, lo cual no deja de ser una gran desventaja.

Calixto y Conti subieron. El músico, instado por su joven rival á que cantase, cantó la obra maestra más grande que existe para los ejecutantes, el famoso *Pria che spunti l'aurora*, que le proporcionó grandes triunfos á Conti y que nunca ejecutó Rubini sin temblar. Jenaro no estuvo nunca tan colosal como en aquel momento en que tantos sentimientos agitaban su pecho. Calixto estaba en actitud extática. Al empezar aquella cavatina, el artista dirigió á la marquesa una mirada que comunicaba á sus palabras una cruel significación. Camilo, que le acompañaba al piano, adivinó la significación de aquella mirada, que hizo bajar la cabeza á Beatriz, y miró á Calixto, sospechando que éste se había dejado coger en algún lazo, á pesar de sus consejos, adqui-

riendo después la absoluta certeza cuando vió que el bretón fué á decir adiós á Beatriz estrechándole la mano y besándosela con aire confiado.

Cuando Calixto llegaba á Gueranda, la camarera y los criados cargaban el coche de viaje de Conti, el cual, al *rayar la aurora*, como había dicho en su carta, pensaba llevarse á Beatriz. Las tinieblas permitieron á la señora marquesa de Rochefide contemplar á Gueranda cuyas torres, iluminadas por la luz del día, brillaban en medio del crepúsculo, y entregarse á su profunda tristeza: aquella mujer dejaba allí una de las flores más hermosas de la vida, un amor como el que sueñan las doncellas más puras. El respeto humano anulaba el único amor verdadero que aquella mujer podía y debía concebir en toda su vida. La mujer de mundo obedeció á las leyes del mundo, é inmolaba su amor á las conveniencias, como lo inmolan ciertas mujeres á la obligación ó al deber. Muchas veces, el orgullo se convierte en virtud. Vista de este modo, esta horrible historia es la de muchas mujeres.

Al día siguiente, Calixto se presentó en Touches al mediodía. Cuando llegó al caminito desde el que había visto la vispera á Beatriz asomada á la ventana, distinguió en ella á Camilo, que le salió al encuentro. Al llegar al portal, la escritora le dió esta terrible palabra:

—¡Se ha marchado!

—¿Beatriz?—respondió Calixto como herido por un rayo.

—Ha sido usted engañado por Conti, y como nada me dijo usted, nada he podido hacer.

Y esto diciendo, condujo al saloncito al joven, el cual se dejó caer sobre el diván en que tantas veces había visto á la marquesa, y rompió en amargo llanto. Felicidad no le dijo nada y siguió fumando en su pipa, convencida como estaba de que en los primeros momentos no hay medio de aliviar esos dolores sordos y mudos siempre. Calixto, no sabiendo qué hacer, permaneció todo el día sumido en profundo amorramiento. Un instante antes de comer, Camilo, después de haberle rogado que la escuchase, procuró consolarle habiéndole de este modo:

—Amigo mío, tú me has causado los más violentos sufrimientos, y yo no tenía, como tú, para curarme, la esperanza de un porvenir halagüeño. Para mí, la tierra no tiene ya primavera, ni el alma amor. Así es, que para buscar consuelos tengo que fijar mis ojos en regiones más elevadas. Aquí, la



víspera de la llegada de Beatriz, te hice su retrato describiéndotela tal cual es, para que no me creyeras celosa. Escucha ahora la verdad. Nada menos digno de ti que la señora de Rochefide. La publicidad de su falta no hubiera sido necesaria; pero es una de esas mujeres que prefieren la fama de una falta, á la tranquilidad de la dicha, que insultan á la sociedad para obtener de ella popularidad y que quieren que se hable de ellas á toda costa. Esa mujer ha obrado siempre movida por su vanidad. Como su fortuna y su talento no le hubiesen procurado el trono femenino que ella deseaba conquistarse, creyó que podría obtener la celebridad de la duquesa de Langeais y de la vizcondesa de Beauseant. Pero el mundo es justo y no concede interés más que á los sentimientos verdaderos. Desempeñando su comedia, Beatriz ha sido considerada como una actriz de segundo orden. Su vida no estaba autorizada por ninguna contrariedad. La espada de Damocles no brillaba en ninguna de sus fiestas, aparte de que es muy fácil en París ser feliz con un amante, sin que nadie lo sepa, cuando se ama bien y sinceramente. En fin, si ella fuese como es debido, esta noche pasada se hubiera negado á seguir á Conti.

Camilo habló larga y elocuentemente; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que callar al ver el gesto de Calixto dándole á entender que tenía fe completa en Beatriz. Como el joven no pudiese comer, Felicidad le obligó á bajar al comedor y á presenciar su comida. Solamente durante la juventud tienen lugar estas contracciones, porque más tarde, los órganos han tomado ya sus hábitos y parece que se han endurecido. La reacción de la parte moral sobre la parte física no es bastante fuerte para determinar una enfermedad mortal, á no ser cuando la naturaleza conserva su delicadeza primitiva. El hombre que resiste un pesar violento capaz de matar á un joven, lo resiste más bien por la debilidad de la afección que por la fuerza de los órganos. Así es que á la señorita de Touches no dejó de preocuparle en un principio la actitud tranquila y resignada de Calixto después de su primera efusión de lágrimas. Antes de salir de Touches, el joven quiso volver á ver el cuarto de Beatriz, sepultando la cabeza en la almohada en que había reposado la de aquella.

—¡Qué locuras hago!—dijo dando un apretón de manos á Felicidad y separándose de ella con melancolía.

Al volver á su casa, encontró á todos los contertulios jugando á la mosca, permaneciendo él al lado de su madre mientras duró la velada. El cura, el caballero de Halga y la señorita de Pen-Hoël sabían ya la marcha de la marquesa de Rochefide, y estaban todos muy contentos, creyendo que Calixto volvería á ellos. Viendo al joven un poco taciturno, le miraban todos socarronamente, sin que nadie pudiese imaginar cuál sería el fin del primer amor de un corazón tan sencillo y tan sincero como el de Calixto.

Durante algunos días, el joven enamorado fué regularmente á Touches, y allí se distraía dando vueltas por el verde césped, donde tantas veces se había paseado dando el brazo á Beatriz. Otras veces se iba á Croisic llegando hasta la roca desde la cual había intentado precipitar á Beatriz, y permanecía allí horas enteras tumbado sobre el boj, pues había aprendido á subir y á bajar con extraordinaria facilidad. Sus correrías solitarias, su silencio y su sobriedad acabaron por inquietar á su madre. Durante los quince días que duró este manejo, bastante semejante al del animal encerrado en una jaula, jaula que para este desesperado enamorado estaba formada, según dice La Fontaine, *por los lugares honrados por los pasos é iluminados por los ojos* de Beatriz, Calixto cesó de atravesar el pequeño brazo de mar y no se sintió con fuerza para llegar más que hasta aquella parte del camino de Gueranda desde la cual había visto á Beatriz á la ventana.

La familia de Calixto, contenta al saber la marcha de los parisienses, no veía nada de funesto y enfermizo en el joven. Las dos solteronas y el cura, persistiendo en su plan, retuvieron á Carlota de Kergarouët, la cual mimaba á Calixto por las noches sin obtener en cambio de él más que consejos para jugar á la mosca. Durante toda la velada, Calixto permanecía entre su madre y su prometida, observado por el cura y por la tía de Carlota, los cuales, al volver á su casa, hablaban del estado más ó menos abatido del joven. Una noche en que Calixto, cansado, se fué á acostar muy temprano, todo el mundo dejó las cartas sobre la mesa tan pronto como el joven cerró la puerta de su cuarto.

—Algo le pasa á Calixto—dijo la baronesa enjugándose las lágrimas.

—No tiene nada—respondió la señorita de Pen-Hoël.—Lo que hay que hacer es casarle en seguida.



—¿Cree usted que eso le divertirá?—preguntó el caballero de Halga.

Carlota miró severamente al solterón, el cual le pareció aquella noche insoportable, inmoral, depravado, sin religión, y ridículo con su perra, sin embargo de las observaciones de su tía, que defendió al antiguo marino.

—Mañana por la mañana reprenderé á Calixto—dijo el barón, á quien todo el mundo creía dormido.—No quiero irme de este mundo sin haber visto un nieto, un Guenic blanco y rosado cubierto en la cuna con su papalina bretona.

—Como no dice nada, nadie sabe lo que tiene—exclamó la anciana Ceferina.—Nunca ha comido menos que ahora; ¿de qué vive? Si se alimenta en Touches, ya puede decir que no le aprovecha la cocina del diablo.

—Está enamorado—dijo el caballero emitiendo su opinión con excesiva timidez.

—¡Vaya! viejo verde—repuso la señorita de Pen-Hoël,—cuando piensa usted en sus buenos tiempos, se olvida de todo.

—Vengan ustedes á almorzar con nosotros mañana por la mañana—dijo la anciana Ceferina á Carlota y á Jacobita.—Mañana hablará mi hermano á su hijo y lo arreglaremos todo. Un clavo saca otro clavo.

—Sí, pero eso es cuando no se trata de bretones—replicó el caballero.

Al día siguiente, Calixto vió llegar á Carlota, compuesta con extraordinario cuidado, en el momento en que el barón terminaba en el comedor un discurso matrimonial, al que el joven no sabía qué responder. Calixto conocía la ignorancia de su tía, de su padre, de su madre y de sus amigos, y como él había recogido los frutos del árbol de la ciencia, se encontraba aislado y no sabía hablar ya en el idioma doméstico. En esta situación, el enamorado joven se limitó á pedir algunos días de tregua á su padre, el cual se frotó las manos de contento y devolvió la vida á la baronesa, comunicándole al oído la buena nueva. El almuerzo fué sumamente alegre. Carlota, á quien el barón había hecho una seña, estuvo sumamente vivaracha. Gasselín comunicó á toda la villa la nueva de un próximo enlace entre los Guenic y los Kergarouët. Después del almuerzo, Calixto dió el brazo á Carlota, y, saliendo por la puerta del jardín, la condujo al fondo del cenador. Los ancianos estaban á la ventana y los miraban

con una especie de ternura. Carlota se volvió hacia la bonita fachada del palacio, y, llena de inquietud al ver el profundo silencio de su prometido, aprovechó aquella circunstancia para trabar conversación, diciendo á Calixto:

—Nos están mirando.

—Sí, pero no nos oyen—respondió éste.

—Mas nos ven.

—Sentémonos, Carlota—replicó Calixto en voz baja tomándole la mano.

—¿Es verdad que en otro tiempo flotaba vuestra bandera sobre esa columna en espiral?—preguntó Carlota contemplando la casa como suya.—¡Qué bien estaría! ¡Qué feliz se podía ser ahí dentro! Usted cambiará algo el interior de su casa, ¿verdad, Calixto?

—Carlota querida, no me quedará tiempo para ello—dijo el joven tomándole las manos y besándoselas.—Voy á confíarle á usted mi secreto. Amo demasiado á una persona á quien usted conoce y que me ama, para poder hacer feliz á otra mujer, y yo sé que desde nuestra infancia nos tienen prometidos nuestros mayores.

—Pero ella es casada, Calixto—dijo Carlota.

—No importa, esperaré—respondió el joven.

—Y yo también—dijo Carlota con los ojos arrasados en lágrimas.—Usted no puede amar mucho tiempo á esa mujer, que, según dicen, se ha escapado con un cantante...

—Cátese usted con otro, querida Carlota—repuso Calixto.—Con la fortuna que le destina á usted su tía y que es enorme en Bretaña, puede usted escoger algo mejor que yo... Usted encontrará algún hombre con título. No la he llamado á usted aparte para comunicarle lo que usted sabe, sino para conjurarle á que, en nombre de la amistad de nuestra infancia, haga usted ver al mundo que ha partido de usted esta ruptura. Diga que usted no quiere á un hombre cuyo corazón no es libre, y de ese modo mi pasión no le habrá perjudicado en nada. ¡No puede usted imaginarse cuánto me pesa la vida! No puedo soportar ninguna lucha, y me siento débil como hombre que carece de alma, del principio mismo de la vida. A no ser por la pena que mi muerte causaría á mi madre y á mi tía, me hubiera arrojado ya al mar, y ya no he vuelto más á las rocas del Croisic desde el día en que sentí irresistible tentación de matarme. No hable usted de esto á nadie. Adiós, Carlota.



Y tomando á la joven por la cabeza, le besó los cabellos y salió por la puerta del jardín, yéndose á casa de Camilo donde permaneció hasta media noche.

Al entrar á la una en su casa, encontró á su madre esperándole, y estrechándole la mano, le dijo:

—¿Se ha marchado Carlota?

—Se marcha mañana con su tía; las dos van desesperadas. Vámonos á Irlanda, Calixto mío—le dijo la madre.

—¡Cuántas veces he pensado en huir allí!

—¡Ah!—exclamó la baronesa.

—¡Con Beatriz!—añadió el joven.

Algunos días después de la marcha de Carlota, Calixto acompañaba al caballero de Halga durante su paseo por el mallo, y se sentaba al sol en un banco, desde el cual podían abrazar sus ojos todo el paisaje comprendido entre los bretos de Touches y los arrecifes, que se veían gracias á la blanca espuma de que los rodeaba el mar. En este momento, Calixto estaba delgado y pálido; sus fuerzas disminuían y empezaba á sentir algunos escalofríos regulares, precursores de la fiebre. Sus ojos, rodeados de grandes ojeras, tenían ese brillo que comunica á los solitarios un pensamiento fijo, ó el ardor del combate á los atrevidos guerreros de la actualidad. El caballero era la única persona con quien Calixto cambiaba algunas palabras, porque había reconocido en aquel anciano á uno de los apóstoles de su religión y había visto en él los vestigios de un amor eterno.

—¿Ha amado usted á muchas mujeres en su vida?—preguntó Calixto al caballero la segunda vez que paseaban por el mallo.

—A una sola—respondió el capitán Halga.

—¿Era libre?

—No—dijo el caballero.—¡Ah! ¡cuánto he sufrido! Era la mujer de mi mejor amigo, de mi protector, de mi jefe: pero ¡nos amábamos tanto!

—¿Le amaba ella á usted?—le preguntó Calixto.

—Con locura—respondió el caballero con no acostumbrada vivacidad.

—¿Fué usted feliz?

—Sí, hasta su muerte, que ocurrió cuando tenía ella cuarenta y nueve años, estando emigrada en San Petersburgo, cuyo clima la mató. ¡Qué frío debe tener en la tumba! Muchas veces se me ha ocurrido ir á buscarla para trasla-

darla á mi lado, á nuestra querida Bretaña. Pero, no importa; siempre la tengo en mi corazón.

Esto diciendo, el caballero se enjugó los ojos y Calixto le tomó las manos para estrechárselas.

—Aprecio más esa perra que mi propia vida—continuó, señalando á Tisbé.—Esa perrita es en un todo semejante á la que ella acariciaba con sus hermosas manos teniéndola en la falda. Nunca miro á Tisbé sin ver las manos de la señora almiranta.

—¿Conoce usted á la señora de Rochefide?—preguntó Calixto al caballero.

—No—respondió éste.—Hace ahora cincuenta y ocho años que no miro á ninguna mujer, excepto á su madre de usted, cuya tez tiene alguna semejanza con la de la señora almiranta.

Tres días después de esta conversación, el caballero dijo en el mallo á Calixto:

—Hijo mío, tengo ciento cuarenta luises por toda riqueza. Cuando sepa usted dónde está la señora de Rochefide, venga á buscar este dinero á mi casa para ir á verla.

Calixto dió las gracias al anciano, cuya existencia le causaba envidia; pero cada día se fué poniendo más taciturno: parecía que todo el mundo le molestase, y sólo con su madre se mostraba cariñoso y bueno. La baronesa veía con creciente inquietud los progresos de aquella locura, y ella sola obtenía á fuerza de ruegos que Calixto tomase algún alimento. A principios del mes de octubre, el joven enfermo cesó de ir al mallo en compañía del caballero, el cual se molestaba en vano en ir á buscarle.

—Venga usted—le decía;—hablaremos de la señora de Rochefide. Yo le contaré mi primera aventura.

Cuando el caballero de Halga vió un día que sus instancias eran inútiles, le dijo á la baronesa:

—Su hijo está muy enfermo.

Calixto respondía á todas las preguntas que se encontraba perfectamente, y, como todos los jóvenes melancólicos, se complacía en saborear la muerte; pero no salía ya de casa; permanecía en el jardín; se calentaba al sol del otoño, sentado en un banco, solo con sus pensamientos, y huía de toda compañía.

Desde el día en que Calixto dejó de ir á casa de Felicidad, ésta rogó al cura de Gueranda que fuese á verle. La asidui-